





PLANETA

CONTEMPORÁNEO

# LA SED

ENRIQUE PATIÑO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Fotografía de cubierta: © Enrique Patiño

© 2013, Enrique Patiño

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4018-7

ISBN 10: 958-42-4018-8

Primera impresión: julio de 2014

Segunda impresión: diciembre de 2014

Tercera impresión: marzo de 2015

Cuarta impresión: agosto de 2015

Quinta impresión: agosto de 2016

Sexta impresión: enero de 2017

Séptima impresión: diciembre de 2017

Octava impresión: febrero de 2018

Novena impresión: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## ENRIQUE PATIÑO (biografía)

Nació en Santa Marta. Observó el mar desde la tienda de sus padres hasta los dieciocho años, cuando salió a recorrer el mundo. Dentro del periodismo se ha desempeñado como redactor y editor en *El Tiempo*, *Semana*, *Diners*, *Financial Times Deutschland* y el Ministerio de Cultura. Ganó el premio de la Sociedad Interamericana de Prensa a Mejor Crónica de las Américas y su blog (*El agua y la sed*) fue seleccionado entre los mejores en español en los Deutsche Welle Blog Awards. Hoy combina la fotografía con la literatura y el periodismo.



*Para Gilberto y Lucila, por permitirme la sed.*

*Para Liliana y Amaia, por darme de beber.*





*La conciencia de un hombre se refleja en sus huellas.*

Proverbio de los nómadas del desierto del Sahara

*Cuando uno quiere beber, pero el agua no está cerca.*

Jarabedepalo



# 1

Amaneció con los labios cuarteados y adoloridos, y un ardor atroz en la garganta. Le costó moverse, apretujado como estaba bajo las latas de zinc y la lámina de icopor que cubrían el agujero en el que permanecía oculto. Le dolía respirar. Le lastimaba incluso la posibilidad de arrastrarse fuera del agujero. Se imaginó haciéndolo y no logró concebirlo. Se sentía en el límite de sus fuerzas. «Hoy se acabará», pensó.

Cumplía ya el segundo día de inmovilidad, pero los foráneos continuaban rondando. Uno de ellos incluso había pisado la lámina de zinc que lo cubría, pero evitó seguir avanzando debido a la fragilidad del metal y al estruendo que causó en ese paraje a merced del viento. Ninguno de los súbitos visitantes buscaba ni el metal ni la basura que rodeaba el lugar. Por eso siguieron de largo. Y sin embargo, aún no se iban de la zona.

Los escuchaba. Estaban a doscientos metros. Ese era el cálculo que podía aventurar a partir de los sonidos que le llegaban en los momentos sin viento, cuando sus oídos escuchaban más allá del ulular de sirena triste que lo asordaba cuando el viento se filtraba entre las latas oxidadas.

No se atrevía a mover la lata para fisgonear cuántos eran, pero había escuchado al menos una decena de voces distintas y podía deducir en qué lugar se encontraban porque en la quietud la llanura recogía con transparencia la nitidez de los sonidos, y además él se había adaptado a rastrearlos como animal en peligro. Hablaban poco. Apenas lo justo. Dedujo que se trataba de un grupo familiar con sed, que merodeaba por la región en su camino hacia los ríos del sur. Pero sabía que eran peligrosos. Todos los que tuvieran sed se convertían en sus enemigos potenciales.

Además, si tardaban tanto era porque habían hallado algo. Pero ¿qué? ¿Qué tenía ese pedazo de nada que otros pudieran envidiar? ¿Acaso eran sabuesos sagaces? No, no lo eran. No habían hallado su tesoro. ¿Acaso eran asesinos de las arenas? Tampoco. Quizás eran buenos samaritanos. Pensó en ello y sintió deseos de salir del agujero y gritarles que lo ayudaran. Quiso arrastrarse hasta sus pies y rogarles su misericordia. Sin embargo, era consciente de que no podía hacerlo. No sólo no lo socorrerían, sino que casi con total seguridad sacrificaría así la esperanza de que se fueran sin descubrir su secreto. De su silencio dependía sobrevivir unos días más. «Maldita esperanza —se dijo—. Ya no resisto más».

Había planeado hacerse el muerto en caso de que descubrieran su escondite. Era la solución más simple e improbable de creer, pero la única a la que se aferraba porque sabía que los migrantes dejaban atrás los cadáveres y en cambio azuzaban a los vivos a revelar su secreto. Si estaban vivos era porque escondían uno. Si estaban vivos significaba

que algo cercano y vital los mantenía aferrados a la existencia. Eso había escuchado en la ciudad ocho años atrás, cuando ya el desespero comenzaba a manifestarse. Ahora ese rumor se había convertido en una obsesión de los migrantes y en un riesgo para los sobrevivientes. Los viajeros buscaban a los animales y a las personas con vida y las obligaban a confesar su secreto antes de deshacerse de ellas.

Igual, si lo descubrían no verían nada más que un cuerpo famélico con los labios reseco bajo láminas de zinc, algo insólito para un ser humano: meterse bajo ellas significaba cocerse vivo bajo el resol, incluso si se protegía con una lámina de icopor para mitigar el calor. Por eso, precisamente, se ocultaba bajo ella. Porque a nadie se le habría ocurrido una locura así. Revelarse vivo era morir. La espera era su única opción.

De todos modos se cuestionaba. En el estado en que se hallaba, su mente ya no tejía más pensamientos que uno solo alrededor del mismo tema: cómo sobrevivían los otros. Qué tan armados estarían. Qué habrían encontrado que no se iban. Qué habrían visto que él no supiera. Pensando en ello se quedó dormido. Dejó de escuchar las voces y se sumió en un letargo acrecentado por el efecto del sol que se alzaba sobre el cenit y calentaba la lámina con intensidad. Sintió que se iba. Que sí, efectivamente, aquel era el día.

Pero despertó. El sol se filtraba por los resquicios de la lámina y el calor que entraba le pareció agradable, a pesar de que no había viento y la temperatura superaba los treinta y seis grados. Incluso sintió frío en las extremidades, lo que significaba una mala señal. No escuchó sonidos

provenientes del exterior. Esperó veinte minutos, en los que la esperanza se enraizó ferozmente en él. Convencido de que bajo ese sol era imposible que se hubieran quedado dormidos, decidió quitar la lámina de icopor y luego las latas de zinc con la poca fuerza que le quedaba. A sus pies, dentro del agujero, quedaba un bidón vacío de agua, lo único que había alcanzado a guardar consigo en la premura y gracias al cual aún estaba con vida. Sintió la frescura del viento y al mismo tiempo el dolor que le producía moverse. Tenía el cuerpo encalambrado y los brazos fatigados, a pesar de la inmovilidad.

Miró a su alrededor y no vio a nadie, aunque en realidad veía a medias por la intensidad del sol, el brillo de la tierra erosionada y la falta de costumbre de sus ojos luego de permanecer dos días bajo la superficie. Entonces volvió a sentir el desespero, la angustia viva, la llama que le calcinaba el cuerpo. La sed. Había desistido de la posibilidad de vivir, pero la esperanza de soportar un día más avivó su deseo de beber. Se arrastró —aunque en realidad intentaba correr— hacia el basurero en el que se amontonaba una pila de plástico inservible, el material más despreciado por los forasteros, y al que nunca se acercaban a menos que hubiera plásticos negros para tender o palanganas y bidones para acarrear líquidos. Pero también allí había apelado al método de espantar con lo menos obvio a los foráneos. Se trataba de una pila de botellas aplastadas, frascos, trozos de sillas, carpetas, controles rotos de electrodomésticos, canastas partidas de refrescos, bolsas deshilachadas, empaques, estuches de discos, ornamentos, portarretratos

y enseres acumulados. Todo estaba fragmentado, inservible, y era evidente que nada aportaba a nadie, por lo que quien se acercara vería apenas un pequeño caos más en un mundo acostumbrado al caos. Para su fortuna, tampoco el grupo de viajeros había tratado de hacer algo con los restos de plástico. Desmontó una esquina del montículo y se abrió campo hacia las profundidades del arru-me, mientras algunas piezas del basurero le caían encima. En su interior escuchó el tímido flujo del sonido que borbo-llaba con un rumor apenas perceptible. Quitó un armazón que había construido, hecho con un neumático en desuso y unas bolsas plásticas atadas. Encontró, en la penumbra, una ponchera mediana de plástico bajo aquel cobertor. Es-taba ubicada justo debajo de una salida de agua que fluía desde una roca, en un agujero que él mismo había cavado después del nacimiento para que el agua se acumulara allí. Se encontraba rebosada, y el líquido había ganado paso por el terreno infértil, que la absorbía sin dejar mayor huella.

Ahhh. Ahí estaba. Suspiró y se dejó llevar. La vida. La vida misma. El agua. En el nacimiento había pequeños insectos y un grupo de líquenes de un verde intenso, y en el sitio donde se había rebosado germinaba un ligero brote de musgo. Suspiró de nuevo.

Se hincó y dejó caer el peso del cuerpo en las rodillas, y finalmente curvó su figura con parsimonia, hasta ver parte de su rostro desesperado reflejado en la tina de agua. «El agua no merece un reflejo así», pensó. Hizo caso omi-so de su pensamiento y hundió las manos huesudas en el líquido.

Era agua pura, pero por el terreno llegaba a él con un fuerte sabor mineral y ligeros sedimentos. En realidad, sólo la destapaba cuando el sol había mermado su presencia y estaba seguro de que nadie lo veía. Pero hoy era un caso excepcional y no se sentía capaz de esperar más tiempo. Dejó sumergidas en el líquido las manos curtidas por el polvo para disgregar el barro, pero no esperó a lavárselas y sin controlarse más bebió a manotadas llenas. Sintió que la garganta se le desgarraba. Ni siquiera percibió el sabor a tierra, sino el dolor de beber, la ausencia de saliva, la angustia de no poder ahogarse en agua y al mismo tiempo la necesidad sin tregua de saciar su sed. Quería llorar. De dolor, de felicidad, de rabia. Llorar por la angustia acumulada. Pero no tenía lágrimas. No le quedaba ninguna.

## 2

**T**odavía sin fuerzas, se arrastró fuera del escondite del agua, lo cerró con el neumático y luego reacomodó el montículo de desechos plásticos. Los dispuso con cuidado, aunque en forma tal que ante los ojos de los foráneos parecieran un cúmulo de escombros y desperdicios.

Sólo entonces, aún tendido en el piso, tuvo la precaución de revisar que se encontraba en verdad solo. En efecto, el grupo de visitantes no estaba en las vecindades. Suspiró aliviado. «Deben haberse ido hacia el sur —supuso— o al



oriente, si todavía alguien va a buscar la muerte». Pronto tendría él también que caminar algunos kilómetros hacia el norte, una vez más, en busca de alimento. Contrario a otros años, el trayecto se había vuelto un riesgo desmedido: a la sequía total se sumaba el desierto implacable, que avanzaba desde el norte y el oriente, desde las altas montañas y desde los valles que rodeaban los ríos. A pocos kilómetros de su refugio quedaban los últimos asentamientos humanos y las tiendas de abastecimiento, pero cada vez más migrantes se arriesgaban a tomar camino hacia el sur y era factible la posibilidad de encontrarlos. Pero eso sería cuando estuviera repuesto. Ahora necesitaba descansar: era de día y debía recuperar fuerzas. Cuando el sol estaba en pleno se obligaba a dormir.

Sin embargo, no pudo conciliar el sueño. Le dolió permanecer inmóvil una vez más. Además, le inquietaba saber por qué habían tardado tanto los forasteros en su predio. Su demora casi le había costado la vida. Lo habían obligado a correr a esconderse bajo la tierra, donde prácticamente se había carbonizado a la espera de que se fueran. Los maldijo y a la vez se compadeció de ellos. Las dos cosas al tiempo. La ira y el perdón, la descarga de furia y la misericordia por su suerte adversa. El deseo vivo de concebir el exterminio de todos ellos y, de inmediato, la compasión por su suerte.

Por fortuna, podría dormir de nuevo al aire libre. Cuando el sol se ponía en pleno y suponía que ya nadie recorrería los caminos solitarios, sacaba de debajo de la tierra su pequeña tienda de campaña improvisada y se tendía a descansar. Desplegaba dos bolsas negras de plástico atadas

a una cuerda, tendía dos pedazos de plástico sin forma, y sobre el suelo estiraba una pequeña plataforma de icopor mal atada con cordeles y cabuyas. Era su versión primitiva y recursiva de una cama y un velo. En realidad era incómoda, pero le bastaba. Los hombres solos suelen conformarse con lo mínimo e incluso lo arduo mitiga su deseo de anhelar más de lo que merecen.

La vez que llegó a aquellas tierras decidido a habitarlas contaba con una tienda de acampar, pero la dejó tendida y una noche huracanada el viento de aquella región sin árboles se la llevó consigo y la elevó por el aire como a un viejo pterodáctilo en fuga. Desde entonces se había hecho con los plásticos, desechados tras el oprobio generalizado contra este material, y se percató de que le eran funcionales y, además, ahuyentaban a los viajeros. Quienes los veían enraizados los relacionaban con aves de mal agüero. Pero estaban por doquier. Los malos agüeros prevalecían.

Se quedó acostado, con las piernas y los brazos abiertos, mirando la nada, tratando de variar las posiciones para deshacerse de la opresión que había sentido en el agujero. Seguía con sed. O más bien con el recuerdo de la sed que volvía sin cesar.

A pesar de que había tardado en beber, de que primero se había humedecido los labios y la lengua, de que había tomado pequeños sorbos dolorosos y padecido una aguda picazón en la garganta, su cuerpo había sufrido demasiado el impacto de volver a hidratarse. El hombre se había quedado tendido bocabajo respirando el flujo de agua y viendo cómo manaba para salvarlo, y aun cuando bebió a intervalos

breves durante más de dos horas, continuaba sintiendo el llamado del cuerpo a seguir llenándose de líquido. «No más. No puedo exagerar», se dijo. Había aprendido a medirse. Es más, su vida era una medida permanente. Abusar, se decía, era una bofetada a la escasez.

Incapaz de dormir, se quedó reflexionando, recostado sobre el costado izquierdo. Así que aquel no era el día. Tal vez sería mañana. O pasado. Seguro que sin la compañía de un buitre ni la presencia de un animal carroñero que lo salvara de una vida inútil de principio a fin. Sin nadie. Seco por dentro y por fuera. Enteco y lejos de todo.

Espantó aquellas ideas, que en los últimos años lo rondaban con más fuerza. Había sobrevivido sin pensar en la razón de por qué hacerlo y esa fuerza obcecada lo mantenía en movimiento. Cuando reflexionaba acerca de su existencia, entendía que no valía la pena seguir luchando. Así que miró el horizonte. Era su manera de enfrentarse a su mente y de coparla con un solo pensamiento hasta lograr aquietarla. Cuando se proponía dejar de pensar oteaba el terreno árido, los pocos y tercos pastizales aferrados a las grietas del suelo abierto y la soledad matizada por alguna bolsa plástica entre los remolinos invisibles del aire. Finalmente encontraba la belleza en ese paisaje que tenía las marcas de una tarea de niño mal hecha y borroneada. Una belleza vestida de sequedad y desolación. Entonces, consciente de lo que había, de que solo eso había, de que nada más tenía, las ideas se le esfumaban como si se las llevara el viento. El terreno le devolvía poco en qué fijarse, apenas el paisaje posterior al desastre. Pero era ese desastre el que le devolvía

la claridad de que tenía, en medio de su desorden, algo valioso. Su propio secreto. Algo del mundo que alguna vez fue real.

Sin ideas, se durmió. En la noche se movería de nuevo, cuando la temperatura bajara y los animales comenzaran también a merodear. Y así fue: al caer la tarde se sintió más repuesto, pero con los labios y la garganta aún en fuego vivo. Despertó y vigiló que no hubiera humanos en el horizonte. Gateando, procedió a hacer su tarea rutinaria. Desmontó el refugio y lo ocultó bajo la tierra. Se dirigió al nacimiento, abrió la compuerta improvisada, bebió de nuevo, con calma, hasta que se hizo de noche y entonces dejó el espacio abierto, para que el olor del agua fresca irrigara el ambiente. Luego se retiró varios metros, como hacía siempre, para que los animales que merodeaban en el lugar pudieran llegar aquella noche a beber de una palangana que ubicaba en el exterior de la fuente. Era un pacto con ellos. De tanto en tanto, cuando el hambre lo doblegaba, cazaba alguno. De resto permanecía atento, observando cómo aparecían de la nada en medio de ese paraje de ausencias y plásticos erráticos. Ellos no lo perdían de vista, y seguramente esa noche menos que nunca, porque estaban sedientos luego de tres días sin beber. Igual se habían ido habituando a la presencia del hombre que los vigilaba y les abría un espacio en su propio terreno. Era un momento de comunión con su depredador natural. Cuando sus mirabas se cruzaban, uno y otro sabían que ninguno era de fiar. Esa tensión y ese respeto paralelos devolvían a su lugar en el mundo a bestias y hombre.